

FUIMOS AL TEATRO

Por
A. R.

EJEMPLAR PUESTA EN ESCENA

Tragedia de Georg Buchner. Traducción de Luis Novus Terra. Dirección de Ruben Yáñez. Escenografía y vestuario de Teresa Vila y Carlos Carvalho. Elenco de Teatro del Pueblo en el Teatro Victoria.

Cuando en 1837 muere Georg Buchner sin haber cumplido sus 24 años, deja una obra, apresuradamente escrita e inconclusa, titulada "Woyzeck" (no Wozzeck como se creyó durante años) en la que se historia con un ritmo febril y entrecortado los últimos momentos de un pobre soldado de ese nombre, humillado por su mujer que lo engaña, despreciado por el capitán que lo trata como a un objeto indigno, escarnecido por un médico charlatán que lo usa para sus experiencias, aquejado de una enfermedad que le provoca delirios mentales. Una serie de escenas brevísimas nos muestran el proceso de la humillación y de la desesperación que lo llevan fatalmente al crimen y al extravío, en tanto ve girar a su lado una comparsa de seres alocados que se burlan de él y lo condenan con indiferente desprecio.

Buchner no llegó a elaborar la obra que quedó inconclusa; más bien trazó el esqueleto de la pieza lo que explica la intensidad escueta de los diálogos y la avasallante premura con que corre hacia su desenlace trágico por una serie casi inconexa de situaciones claves. Es curioso pensar que a causa de esta falta de elaboración minuciosa, Buchner se salvó del exceso palabrero romántico y acertó con la concisión expresiva peculiar de nuestro siglo. Es esta una de las explicaciones del unánime éxito que la obra conquistó en nuestro tiempo. La otra explicación está en la significación misma de este texto, donde es visible un planteamiento existencial de la angustia del hombre ante el vacío del mundo, tal como ha preocupado al pensamiento contemporáneo. Un hombre que ve cerrado el camino de la trascendencia, cerrado el camino de su redención social, se siente aniquilado por una materialidad que sólo le permite bajo la forma de alucinaciones algo de su dignidad.

Sólo quienes conocen la desnudez del texto, su falta de referencias escénicas, su forzado esquematismo, saben las enormes dificultades que presenta su realización práctica y pueden comprobar la sabiduría y la invención de que da pruebas Ruben Yáñez en su trabajo de director. Yáñez recrea la obra sobre la escena; la enriquece con acciones paralelas —todo el juego mudo del niño que en su simplicidad toca lo patético—; cubre sus ausencias con acción brevemente apuntada —aunque a veces se excede en el uso de risas—; establece la simultaneidad de los sucesos obviando las explicaciones de que carece el texto; la hace correr en un sólo decurso que actúa como la ejemplificación de una idea.

Pero donde su dirección es más sensible es en el modo misterioso, de contenida emotividad, con que va manifestando la intrínseca verdad de la obra; develando su angustioso mensaje, a partir de ese idiota que agita en el vacío una marioneta y que da la tónica de los significados profundos de la dramática de Buchner. La obra alcanza una unidad y una expresión cabal en la escena merced a esta dirección por muchos aspectos ejemplar.

Tanta importancia como la labor del director tiene aquí la de los escenógrafos Carvalho y Vila que presentan una serie de decorados inusuales en Montevideo, creación de excelentes pintores y de hombres de teatro simultáneamente. Logran una emoción estética permanente y crean una atmósfera sugestiva que corresponde con pleno acierto al espíritu de la pieza. Los distintos escenarios y el vestuario que armonizan en forma impecable, y son enriquecidos por una iluminación que los dota de una alucinante significación. Esta creación memorable en la historia de nuestro teatro, sitúa a Carvalho y Vila entre los primeros escenógrafos de nuestro país.

En cuanto a interpretación, la obra cuenta con un Carrasco creando sagazmente un personaje interior, alucinado, sensible y extraño, y una Leonor Alvarez que da la conflictualidad de su personaje, con una máscara siempre sugerente. Entre los demás la actuación es despareja, y Yáñez no ha logrado pulir asperezas y disimular inexperiencias. Es buena la versión farsesca que del doctor ofrece Gustavo A. Castro; Alberto Carmona engola su personaje sin marcar suficientemente su ridícula pompa.

La traducción de Novus Terra padece de asperezas para una dición fluida y en los diálogos más populares insiste en un efectismo mediante equivalencias con lo populachero nuestro.